

## **LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR**

**1ª lectura** (Hechos 1, 1-11): *¿Qué hacéis mirando al cielo?*

**Salmo** (46, 2-3.6-7.8-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

**2ª lectura** (Efesios 1, 17-23): *Todo lo puso bajo sus pies.*

**Evangelio** (Lucas 24, 46-53): *Vosotros sois testigos de esto.*

En las últimas líneas de su evangelio, Lucas nos narra la última vez que Jesús resucitado se apareció a los suyos. Jesús comió con ellos y después les dirigió estas palabras que son un mini-resumen de su vida y su misión: Él es el Mesías, el ungido, el enviado por Dios. Sin la pasión y la resurrección no se entiende completamente la vida de Jesús. Y después de su resurrección empezará la llamada a los hombres para que se conviertan, para que vuelvan a Dios. En su nombre, se predicará también el perdón de los pecados.

En estas primeras palabras de Jesús dos detalles a destacar. En primer lugar, la expresión impersonal: *«se predicará la conversión»*. **¿Quién será el sujeto de esa predicación, quién la llevará a cabo? ¿Jesús?** No, Él ya no. Él regresa hoy a su Padre. Esa predicación se hará en su nombre y con la fuerza de su Espíritu, pero serán los suyos los que la tengan que llevar adelante. El segundo detalle es que esta predicación será a todos los pueblos. La Buena Noticia ya no se puede identificar con ningún pueblo determinado, es para todas las naciones.

Pero los discípulos no podrán emprender la misión de la predicación hasta que no hayan recibido lo que mi Padre ha prometido. Jesús se está refiriendo al Espíritu Santo. Jesús les pide que hasta que no lo hayan recibido no salgan a la misión. Hacer lo contrario sería ir a la intemperie, ir a predicar a Jesús sin tener a Jesús. Lección importante: no se puede ir a predicar a Jesús de cualquier manera. El testigo, el predicador, debe ser humilde, debe saber que actúa en nombre de Otro.

La reacción de los discípulos ante la marcha de Jesús es inesperada: se postraron para recibir su bendición y regresaron a Jerusalén con gran alegría y se dedicaron a bendecir a Dios. A lo mejor lo esperable hubiera sido que se pusieran a llorar, que quedaran sumidos en el dolor; pero no, se alegraron porque habían, finalmente, entendido correctamente a Jesús. Todavía no podían empezar a predicar, debían esperar el don del Espíritu santo, pero en los corazones de aquellos hombres no cabía ninguna duda. Sentían a Jesús tan profundamente como cuando lo habían acompañado por los caminos de Israel. Y eso, lo tenían que contar.

Parece que lo hemos olvidado, pero todavía estamos celebrando una gran fiesta. La gran fiesta de los cristianos, la Pascua. Y en ella celebramos la resurrección de Jesús. Jesús está vivo. La Palabra que hemos escuchado nos dice que Jesús ha subido al cielo y ahora vive junto a su padre Dios. Los discípulos que fueron testigos de este hecho nos lo cuentan. Dicen que: *«lo vieron ascender hasta que una nube lo tapó»*.

La Ascensión del Señor es nuestra garantía de futuro. Él se va una vez cumplida su misión abriendo rutas de la nueva vida. Y va a prepararnos un lugar porque donde está Él quiere que también estén los suyos (Jn 14,2-3). El ascender visiblemente no alude a un lugar espacial sino a un estado, una manera de existir y ser feliz sin condicionamientos.

Por tanto, la Ascensión de Jesús nos enseña que es mucho más que un mero hecho perteneciente al pasado. Se trata del feliz término del camino que Jesús concluyó y que todo humano debe recorrer hasta llegar a Dios. Ni el camino de Jesús ni el nuestro desemboca en la nada, en la sombra o en el absurdo, sino en la luz y plenitud de Dios. Ese destino debe ser elaborado en nuestro recorrido terrenal dando testimonio de la fe en Jesús: *«Seréis mis testigos, hasta los confines del mundo»*.

El mensaje de Pascua es: *«No busquéis a Jesús entre los muertos, sino entre los vivos»*. El mensaje de la Ascensión es: *«No os quedéis inactivos mirando al cielo, mirad a la tierra y desarrollad allí vuestra actividad ante todos los hombres»*. La respuesta victoriosa a los problemas que afligen al mundo no la pueden dar ni se encuentran en los discursos políticos, filosóficos o sociológicos. La respuesta tienen que darla los cristianos configurados con Cristo resucitado que viven su misma vida.

No hay muro de separación entre el allí y el aquí, entre el arriba y abajo porque la obra de Dios se desarrolla en dos etapas. Tras el *«Una nube lo ocultó de sus ojos»*. Nos hallamos en el estadio de *“creer sin ver”*. Y, después entraremos en la segunda etapa, vendrá la visión *“cara a cara”*.

Jesús glorificado sigue presente aunque invisible. Nos deja aquí como testigos o representantes suyos para *“cristianizar”* el mundo. La acción de la Iglesia en este mundo no puede entenderse como una organización sino como una transformadora obra del Espíritu para cambiar el mundo y entregárselo al Padre: *«Dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos»*.